Las preocupaciones sociales de la gente

SALUSTIANO DEL CAMPO*

Una sociedad compleja mantiene y expresa permanentemente muchas preocupaciones y la misión de los poderes públicos es siempre enterarse de ellas y proporcionarles una solución o, si eso no está a su alcance, facilitar al menos que se obtenga. Esto se aplica de un modo particular a los problemas que la población reconoce una y otra vez como los más graves que le aquejan. En España la lista, por repetida, no ofrece dudas: son el paro, el terrorismo, las drogas y la delincuencia, a los que se les ha añadido, hace un quinquenio, la corrupción.

El paro. No es ya solamente que a los dos millones doscientos mil parados de 1982 se les hayan sumado otro millón y pico más, sino que este hecho ha producido otros que merecen reprobación. Por un lado, nos debería avergonzar que nuestra tasa de desempleo sea más del doble de la europea, siendo así que tal distancia no separa ni a nuestros profesionales de sus homólogos de otros países, ni tampoco a nuestros trabajadores, aunque seguramente sí a nuestros políticos. En segundo lugar, los gobernantes de estos años de erosión de empleo han sacado de la necesidad provecho y han establecido un sistema de cautividad de voto que mejora incluso el del caciquismo de la primera restauración. En

«En España la lista, por repetida, no ofrece dudas: son el paro, el terrorismo, las drogas y la delincuencia, a los que se les ha añadido, hace un quinquenio, la corrupción.»

* Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense. Secretario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

tercer lugar, esta desgracia, que tanto tiene que ver con la desmoralización de la población, sustenta un organigrama en el que sobresalen unos sindicatos que protegen sobre todo a los que tienen trabajo fijo y no se cuidan ni de los que lo pierden, ni de los que lo consiguen tarde o nunca.

Durante décadas la economía española la vienen rigiendo, llueva, truene o haga sol, los mismos hombres con parecidas ideas, aunque los unos y las otras han demostrado sobradamente que pueden servir para que haya prosperidad, pero no para crear puestos de trabajo. La visión puramente económica del empleo, además, menosprecia su valor como factor de integración social y de autoestima de los ciudadanos que lo tienen y, en consecuencia, los efectos negativos de perderlo.

Esto se aplica con mayores daños aún a la población joven, hasta 25 años, que sufre hoy en España la tasa de paro mayor de todas las de la Unión Europea, pese a ser la más preparada que jamás hemos tenido. Deliberadamente se la ha encerrado en un laberinto educativo que no tiene por objeto que aprenda más para poder emplearse mejor, sino que se pierda en sus recovecos y tarde en aparecer en las estadísticas del paro. El saldo resulta ser el deterioro del sistema educativo en todos sus niveles y la certeza consiguiente de grandes males para el futuro.

«La visión puramente económica del empleo, además, menosprecia su valor como factor de integración social y de autoestima de los ciudadanos que lo tienen y, en consecuencia, los efectos negativos de perderlo.»

En el repertorio de previsiones de las generaciones actuales figuran en lugares destacados conceptos como los de ajustes de plantillas, bajas incentivadas, jubilaciones anticipadas, reconversiones sectoriales, subsidios al paro, paro de larga duración, contratos precarios y otros, que poco o nada tienen que ver con el fin primordial del Estado, que es ofrecer a cada ciudadano la oportunidad de realizarse libremente también en el ámbito laboral, de acuerdo con su capacidad y sus méritos.

En el caso de los jóvenes estos hechos son aún más dolorosos porque, paradójicamente y por mucho que uno se resista a creerlo, nos gobiernan los que años atrás fueron protagonistas de mayo del 68, que entonces clamaban por la subida de la imaginación al poder y hoy cercenan despiadadamente las oportunidades de las generaciones que han venido detrás. Ellos son ahora los guardianes del infierno del paro y los gerentes de esa sociedad de las marginaciones en que han convertido a la nuestra. Su triunfo político ha acabado reduciendo a escombros las esperanzas e ilusiones de los actuales menores de treinta años.

El terrorismo. En la relación de las preocupaciones sociales con la que empecé estas páginas, el terrorismo ha ocupado unas veces el número dos y otras el tres, pero siempre ha figurado en la cabeza. No tiene una solución fácil, qué duda cabe, pero al haber producido ya casi un millar de muertos podría al menos haberse forjado una idea consensuada sobre cómo acabar con él, pero nada está más lejos de la realidad.

Como en el caso del paro, el terrorismo ha desembocado en un empobrecimiento de la integración social y en el efecto perverso de que, quienes tenían que haberlo combatido, han desvalijado los fondos especiales cuyo manejo les habíamos confiado para tal propósito. En todo eso y en el desconcierto de las declaraciones y de las actitudes de algunos partidos centralistas en el País Vasco y de los partidos nacionalistas en las Cortes Generales. Por lo que hemos presenciado estos días con ocasión de los despiadados asesinatos de Fernando Múgica y Francisco Tomás y Valiente, lo único que nos queda por ver, y llegará pronto, es que los criminales huyan del lugar de su fechoría a pata coja.

La Constitución aparece intocable para los políticos, que resisten las peticiones de la gente de que se instaure la pena de muerte para los delitos de terrorismo, narcotráfico y violación, pero muchos indicios señalan que tal pena se ha ejecutado cuando menos a veintiocho personas que no tuvieron las garantías de un juicio imparcial. Los políticos tampoco se distinguen por su escrupulosidad al interpretar o seguir la ley en otros casos y así lo prueba que el rechazo del presupuesto por el Congreso no se traduce en su prórroga automática por doce-avas partes, como dice la Constitución, sino que da lugar a un Decreto Ley que modifica materias que la propia Constitución reserva para una ley debidamente tramitada.

«Como en el caso del paro, el terrorismo ha desembocado en un empobrecimiento de la integración social y en el efecto perverso de que, quienes tenían que haberlo combatido, han desvalijado los fondos especiales cuyo manejo les habíamos confiado para tal propósito.»

Por supuesto, las amenazas de extorsión, secuestro o asesinato se ciernen hoy sobre la cabeza de cualquier ciudadano español y asistimos con asombro al desmoralizador espectáculo de la policía autónoma vasca que se cubre la cara con pasamontañas, mientras que los asesinos de ETA circulan con la cabeza alta y sus cómplices y encubridores se manifiestan y agreden a las personas del orden. El desánimo cunde y menos mal que todavía hay elecciones y está en manos de los votantes que todo esto cambie.

La droga. La propagación del uso de la droga se vio favorecida en España por la actitud frivolamente permisiva de muchos políticos que accedieron al poder en 1982. Obviamente, no se puede caer en la ingenuidad de creer que éste haya sido el único factor en la multiplicación de su consumo, sobre todo si se recuerdan los ingentes

beneficios económicos que su tráfico proporciona a los que se dedican a él. Las encuestas del INCI-PE han mostrado una y otra vez que los españoles creen que nuestro país no ha luchado contra el narcotráfico internacional como debiera y, en la práctica, nos hemos convertido en una vía de introducción de drogas en la Unión Europea.

Tampoco el Gobierno se ha distinguido en la atención humana a los toxicómanos y a sus familias, así que el peso de esta desgracia ha recaído centralmente sobre los hogares. Lo cual es también muy paradójico, porque desde el poder se ha hecho todo lo posible por desmontar los resortes de la solidaridad familiar en beneficio de otras externas y a menudo muy discutibles. Sin embargo, el tiro ha salido otra vez por la culata porque el balance ha resultado positivo a favor de la familia, que es entre nosotros la institución más querida y respetada y la que suscita la máxima voluntad de sacrificio por parte de los individuos. Ella, tan olvidada y aún combatida por los socialistas, es la que ha contribuido con sus fuerzas a la solución de los graves problemas de las drogas y el paro de los jóvenes.

La delincuencia. Apenas es necesario decir algo acerca de la delincuencia que prolifera en nuestras ciudades, donde acudir a una comisaría a denunciar un delito es un acto las más de las veces inútil, salvo para que se confeccionen mejores estadísticas. Ahora se descubren o cometen con frecuencia crímenes escalofriantes, pese a que no está aún remoto el día en el que muchos políticos presuntamente progresistas sostenían que en este terreno todo era un invento de la derecha. Es más, se ha llegado a tachar a la población española de xenófoba, aunque las encuestas demuestran con reiteración que ese no es el caso. Se endiosan algunos delincuentes, que se convierten en estrellas de la canción, o se asiste impunemente a la reincidencia de personas que disfrutan de beneficios penitenciarios, sin haber dado muestras ni de arrepentimiento ni de voluntad de reinserción. Y, por supuesto, en los delitos económicos nadie ha devuelto todavía un duro, ni los financieros doctorados ni los indoctos, ni los prebostes del Banco de España, ni los altos encargados del orden público y la decencia.

La corrupción. La corrupción merece capítulo aparte. Según ha dado a conocer la prensa, el Manual del candidato del Partido Popular para las elecciones de marzo de 1996 recoge nada menos que 48 casos de presuntas irregularidades socialistas, que van desde la A del ex ministro Albero hasta la V de Viajes Ceres. Toda esta actividad, y otras de similar tenor y deferentes autores que omite el documento, se han desarrollado dentro del marco de las célebres declaraciones del ex ministro Solchaga sobre que España era a mediados de los ochenta el país en el que era posible hacerse rico más

«Las amenazas de extorsión, secuestro o asesinato se ciernen hoy sobre la cabeza de cualquier ciudadano español y asistimos con asombro al desmoralizador espectáculo de la policía autónoma vasca que se cubre la cara con pasamontañas, mientras que los asesinos de ETA circulan con la cabeza alta y sus cómplices y encubridores se manifiestan y agreden a las personas del orden.»

pronto. El agio, la especulación con terrenos y las comisiones injustificadas, han marcado una época que, por haber rehusado situar la responsabilidad política donde corresponde, está toda ella *sub judice.*

En tela de juicio y muy necesitada de un gran esfuerzo moralizador, educativo y de ejemplaridad, la ética no es patrimonio de la derecha, eso desde luego, pero de vulnerarla exageradamente no está libre la izquierda. En la gente existe un poso moral que no ha podido remover los muchos desmanes cometidos en los últimos tiempos y que, afortunadamente, hoy logra reflejarse en los medios gracias a las encuestas. En ellas se ve que la opinión pública ni es volátil, ni es desmesurada, ni está exenta de buen criterio.

«Desde el poder se ha hecho todo lo posible por desmontar los resortes de la solidaridad familiar en beneficio de otras externas y a menudo muy discutibles.»